

CIUDAD DE LOS HOMBRES

A Juan Navlet.

*Pasan hombres. Los turbios
hombres que solos hablan
quejidos entre dientes,
dolor en las entrañas.
Llevan sello en la frente
de dichas o desgracias.
tienen inconfundibles
señales en las caras.
Andan aires podridos
en medio de nostalgias.
No pueden con problemas
que solucionan lágrimas.
Triste ciudad de hombres,
de estos hombres que pasan
como los ríos vidas
llenas de sucias aguas.
Da pena verlos siempre
pasar, tarde y mañana,
murmurando su vida,
masticándose el alma.*

JESUS DELGADO VALHONDO

UN MAESTRO DE LA NOVELA GALANTE

CAPITULO PRIMERO

FELIPE TRIGO, EL EXTREMEÑO



A novela española del siglo XIX sigue la pauta realista a lo largo de Palacio Valdés, «Clarín», Pedro Antonio de Alarcón, Vicente Blasco Ibáñez, la Pardo Bazán...

El maestro por antonomasia es Pérez Galdós. En el mundo literario imperaban los Balzac, Flaubert, Zola, Guy de Maupassant... De París, llegaba la moda literaria.

Después han cambiado las tornas. Se han impuesto vencedores Liam O'Flaherty, William Faulkner, John Steinbeck, Ernest Hemingway y otros varios, como modelos de nuestra juventud literaria. De Francia ha pasado la dirección novelística a los Estados Unidos, como la multitud más imperante. Lo que sorprende al pudibundo lector es que en vez de aminorarse la galantería gala, se ha ido acentuando en estas producciones hasta la morbosidad. Nada nos asusta; pero este premio Nobel amigo nuestro, amigo de las corridas de toros y del sanfermín de Pamplona, Hemingway, entre magníficas novelas, ha escrito «Suenan las campanas», como testigo de la cruzada desde el Guadarrama, novela de una crudeza de mal gusto; hasta el punto de que se oculta, al pasar por nuestra tierra, como el consabido Guadiana. Las cosas tienen la importancia que se les quiere dar.

De esta novelística descarnada están llenos los escaparates de las librerías, y, sin embargo, se hacen remilgos de nuestras novelas galantes, a veces con razón. Fue una modalidad efímera que nos parecía escandalosa, insuperable, y desapareció pronto, como desaparece un sarpuellido.

Eugenio G. de Nora ha publicado en su reciente obra «La novela española contemporánea», un extenso capítulo dedicado a estudiar la olvidada literatura erótica. Considera a Blasco Ibáñez, Eduardo Zamacois (acaba de salir una edición de sus obras completas) y Felipe Trigo «los goznes (precursores de un nuevo espíritu tanto como «epigonos» del que declina) sobre los que gira en esos años la novela española».

Felipe Trigo tuvo sus discípulos: Pedro Mata, Alberto Insua (que reniega de esta primera época), Antonio de Hoyos, etc., etc... que sólo imitaron del maestro, como sucede con frecuencia, la parte más falsa. En cambio, el novelista extremeño ha dejado una obra imperecedera por su valor artístico, en que la parte deleznable representa una de esas manchas que oscurecen el rostro femenino de una belleza extraordinaria: un espejo de lunar feucho.

Nora nos cuenta que, Felipe Trigo, nació en Badajoz en 1865, cuando es más cierto que vio la luz el 13 de Febrero de 1864, en Villanueva de la Serena. Su padre, ingeniero, tal vez fuera allí a estudiar el proyecto del ferrocarril de Villanueva Guadalupe o a cuestiones de minería. No lo sé. El hecho es que murió joven, que su